



Murió Saramago

pero el tiempo, ancho y profundo, no acallará su voz

El pasado 18 de junio falleció José Saramago, a los 87 años, en su casa de Lanzarote. Podemos recordarlo como un novelista, poeta, periodista y dramaturgo portugués. Pero eso no es suficiente.

Reflejó en sus obras la vida y el pensamiento de los más desposeídos, a quienes casi siempre se les niega la palabra. Él los conocía bien. De origen muy humilde, fue hijo de campesinos sin tierra. En su casa no había libros y pudo comprarse el primero a los 18 años.

A pesar de todo, este hombre de sensibilidad exquisita llegó a escribir gran cantidad de novelas. *Terra de pecado*, que se publicó en 1947, no tuvo éxito. Su segunda novela, *Claraboya*, nunca fue publicada. Durante los siguientes veinte años no escribió nada. “Sencillamente no tenía algo que decir y cuando no se tiene algo que decir lo mejor es callar.” A partir de los años ochenta su actividad como escritor se volvió muy intensa y no cesó hasta su muerte. Entre sus novelas más conocidas figuran *La balsa de piedra*, *Historia del cerco de Lisboa*, *El evangelio según Jesucristo*, *Ensayo sobre la ceguera*, *Todos los nombres*, *La caverna*, *El hombre duplicado*, *Ensayo sobre la lucidez*, *Las intermitencias de la muerte* y *Caín*.

El evangelio según Jesucristo levantó una fuerte polémica y el gobierno de su país se negó a presentarla al Premio Literario Europeo. A raíz de ello, Saramago dejó Portugal y se instaló en Lanzarote. Otra polémica similar, de carácter religioso, se produjo en 2009 con la publicación de la novela *Caín*.

En 1998 le fue concedido el Premio Nobel de Literatura, por *Ensayo sobre la ceguera*. “Pienso que todos estamos ciegos. Somos ciegos que pueden ver,

pero que no miran”, sentenció con gran agudeza. Saramago es el primer escritor en lengua portuguesa -y hasta hoy, el único- que obtuvo ese galardón. A los abuelos analfabetos que lo criaron dedicó el discurso de aceptación del Nobel. “El hombre más sabio que he conocido en toda mi vida no sabía ni leer ni escribir”, dijo recordando a su abuelo Jerónimo, que antes de morir se abrazó a cada uno de los árboles de su huerta para despedirse.

Las palabras siguientes sintetizan parte de su pensamiento: “Somos la memoria que tenemos y la responsabilidad que asumimos; sin memoria no existimos y sin responsabilidad quizá no merezcamos existir.”

Llegó por primera vez a nuestro país apenas un mes antes de recibir el Nobel. En 2003 volvió al Uruguay para presentar *El hombre duplicado*. Cuando falleció Mario Benedetti, llamó a realizar mundialmente una cadena de poemas en homenaje al escritor, a quien consideraba “un amigo, un hermano”.

Ante la desaparición física de Saramago, como docentes, tenemos muy presente este fragmento de su obra *Democracia y universidad*: “No se trata sólo de instruir, sino de educar. Y, desde dentro, repercutir en la sociedad. Aprendizaje de la ciudadanía, eso es lo que creo sinceramente que falta. Porque, queramos o no, la democracia está enferma, gravemente enferma, y no es que yo lo diga, basta mirar el mundo...”

Y hacemos nuestras también otras palabras suyas: “Espero morir como he vivido, respetándome a mí mismo como condición para respetar a los demás y sin perder la idea de que el mundo debe ser otro y no esta cosa infame.”

Lydia Ducret